

BAJO DOS BANDERAS

RELATOS DE ESPAÑA EN LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS



JUAN ESLAVA GALÁN
ESPIDO FREIRE
AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO
SUSANA FORTES
LUZ GABÁS
JUAN GÓMEZ-JURADO

EMILIO LARA
CRISTINA LÓPEZ BARRIO
JOSÉ MARÍA MERINO
ARTURO PÉREZ-REVERTE
CLARA SÁNCHEZ
LORENZO SILVA

zenda
Autores, libros y compañía

IBERDROLA

Z

Bajo dos banderas

Relatos de España
en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos

Edición no venal de Zenda, zendalibros.com, patrocinada por Iberdrola

Bajo dos banderas

Juan Eslava Galán

Espido Freire

Agustín Fernández Mallo

Susana Fortes

Luz Gabás

Juan Gómez-Jurado

Emilio Lara

Cristina López Barrio

José María Merino

Arturo Pérez-Reverte

Clara Sánchez

Lorenzo Silva

*Relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados
Unidos*

Dirección editorial

Arturo Pérez-Reverte

Edición y coordinación

Leandro Pérez

Textos

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Cubierta

Fragmento de *La marcha de Gálvez*

Pintura de Augusto Ferrer-Dalmau

© Augusto Ferrer-Dalmau

Diseño y maquetación

trestristestigres.com

Primera edición

abril de 2018

Depósito legal

A 131-2018

Edita

[Zenda - Ruritania Editores S.L.](#)

Índice

[Prólogo, por Ignacio S. Galán](#)

[*El droguero de Mobile*, por Juan Eslava Galán](#)

[*Los hombres con suerte*, por Espido Freire](#)

[*El hilo de oro*, por Agustín Fernández Mallo](#)

[*A la ventura*, por Susana Fortes](#)

[*Tú sola*, por Luz Gabás](#)

[*La popa de una gallina anglicana*, por Juan Gómez-Jurado](#)

[*Las Bahamas y «Perico Pelao»*, por Emilio Lara](#)

[*La caracola*, por Cristina López Barrio](#)

[*En el sendero español*, por José María Merino](#)

[*La cabellera*, por Arturo Pérez-Reverte](#)

[*La agente 355*, por Clara Sánchez](#)

[*Brest, septiembre de 1779*, por Lorenzo Silva](#)

[Cronología, por Juan Eslava Galán](#)

[Autores](#)

Prólogo

La luz de la historia

Ignacio S. Galán

Presidente de Iberdrola

Me resulta especialmente gratificante presentar este libro de relatos sobre el papel de España en la independencia de Estados Unidos. Las historias de los eminentes escritores que acompañarán al lector durante este recorrido nos invitan a recordar el rol fundamental de España en episodios clave y, sin embargo, poco conocidos. Son textos que abordan nuestro ayer con miradas diferentes procedentes de las dos orillas, recordándonos que todos somos memoria.

Esta necesaria conjunción entre pasado, presente y futuro es, precisamente, un objetivo importante para nuestra compañía. Iberdrola nació con una idea que está hoy más vigente que nunca: que la tecnología más avanzada esté al servicio de las personas y que ese objetivo se demuestre en soluciones energéticas sostenibles y competitivas. Alrededor de esa idea, la compañía ha ido sumándose a otras que constituyen pilares esenciales de su actividad, como la igualdad real entre hombres y mujeres o la promoción de la educación y la investigación. Para conseguirlo, siempre hemos sabido que debíamos aprender de las huellas de quienes nos precedieron, pero también que teníamos que tener el coraje de navegar en nuevas embarcaciones que siguen rutas diversas, y que sin duda nos ayudarán a habitar el territorio de lo múltiple y lo diverso.

La presencia de la compañía a ambos lados del Atlántico nos hace sentir muy orgullosos porque nos acerca a otras culturas, nos permite aprender de

ellas y comprendernos mejor a través de las pinceladas de los pintores y de las palabras de los escritores como los que hoy presentamos.

Sabemos que la pintura y la literatura no son simples formas artísticas, sino verdaderas miradas sobre el porvenir de nuestro pasado. Por eso, en Iberdrola siempre hemos sido conscientes de la necesidad de apoyar el arte en todas sus manifestaciones, algo que llevamos demostrando desde hace años y que nos singulariza: el firme compromiso con la cultura como parte del dividendo social de la empresa.

Este libro de relatos plantea la necesidad del encuentro y de la interacción entre las culturas como un diálogo constante, en continuo movimiento, que crece hacia el futuro desde la mirada recobrada de quienes nos han precedido. Sus autores imaginan la realidad y, mediante el uso privilegiado de la palabra, la pasan por el tamiz del artificio. La historia se hace con palabras, de ahí que estas narraciones vengan a ser como una reverberación de la propia historia, como una fijación de determinados hechos a través de la capacidad imaginativa de sus autores.

Participando de la cultura, en este caso a través de la plataforma literaria Zenda, Iberdrola quiere mantener encendida la luz de la historia, que nos incitará a preguntar cómo hemos vivido y, en consecuencia, nos permitirá plantear posibilidades diversas y plurales de cómo vivir mejor en el futuro.

El futuro es lo que construimos al volver la mirada hacia atrás. Somos lo que hemos sido y seremos lo que construyamos al reflexionar críticamente sobre lo que fuimos. En este contexto, el arte es ese lugar que nos obliga a contemplar nuestro ayer y provocar a partir de él ese tiempo futuro que a su vez se tornará pasado.

Los textos de este libro nos muestran la necesidad de no estirar las

facciones de los significados para hacer desaparecer las saludables arrugas de la memoria. Solo así, volviendo la mirada hacia el pasado, evitaremos caer en la creencia de que el mundo se quedó sin utopías. Y esta colección de relatos, a cuyos autores agradecemos, reconocemos y felicitamos, nos lo ratifica.

Relatos

La cabellera

Arturo Pérez-Reverte

No los habíamos visto. Ni olerlos, siquiera, hasta que nos dispararon casi a bocajarro desde ambas orillas del arroyo.

Pam, pam, pam, sonaba. Como lo cuento.

Humo de pólvora y moscardones de plomo zurreaban por todas partes, dando chasquidos siniestros al pegar en carne.

El sargento Ordóñez, que iba de vino hasta las cartucheras, se descuidó él y nos descuidó a todos. Y así le fue, y nos fue.

Que Dios lo perdone, si puede. Yo espero que esté ardiendo en el infierno.

El hijo de mala madre se había negado a atender los consejos de los dos guías indios, Pascualillo y Trancas, que sugirieron otro camino; y como era más cómodo seguir el arroyo que andar desbrozando maleza, nos metió a todos de cabeza en la trampa: once españoles, siete americanos, cuatro morenos y los dos indios.

Veinticuatro, contando el sargento. Todos a la cazuela.

Con los primeros escopetazos se fueron al suelo, o al agua, casi la mitad. Uno de ellos, el propio Ordóñez. Mirándose con cara de alelado, como si no lo creyera, el mondongo que intentaba sujetarse con las manos, después de que un plomazo inglés le abriera la barriga de lado a lado.

Ni España, ni las Trece Colonias, ni pepinillos en vinagre. Fusil a la cara y culo prieto. Allí cada cual luchó por su pellejo como pudo, batiéndose el cobre, buscando la manera de escapar de la encerrona. Lo normal en esos

casos.

En lo que a mí se refiere, encaré el mosquete, disparé contra la primera casaca roja que entreví entre los árboles, corrí chapoteando para salir del arroyo y protegerme tras un tronco caído, y allí, con las manos temblándome, le di un tiento al cuerno de pólvora.

Ziaang, ziaang, ziaang, sonaba el plomo sobre mi cabeza.

Ataqué una bala con la baqueta y, por si acaso, le puse la bayoneta al fusil antes de mirar alrededor y hacerme una idea de por dónde me podía largar. Porque si algo veía claro era que nuestro pelotón estaba listo de papeles.

Los rubios nos habían pillado en el introito. Con el calzón por las rodillas.

Pam, pam. Ziaang.

Los compañeros que seguían vivos recargaban y disparaban como podían, pero sólo era cuestión de tiempo. Los ingleses también traían indios, como todo cristo en América, y entre el crujir de los disparos los oía aullar, relamiéndose con la escabechina y el botín que iban a trincar en cuanto se lanzaran a rematar a los que seguíamos vivos.

Entre el zumbar de balazos y el humo de pólvora, que con tanta fusilada casi parecía niebla, tres fulanos de los míos vinieron también a refugiarse tras el tronco del árbol. Uno era Istúriz, un vasco bajito al que en toda la campaña no le había oído decir ni media palabra. El otro, un americano flaco del que ignoro el nombre, así que lo llamaré el Yanqui. El tercero era Trancas, el que quedaba en pie de los dos guías indios, porque al otro le habían vuelto el forro con los primeros escopetazos.

Vinieron hasta el árbol caído, como digo, corriendo agachados para hurtar el cuerpo a los tiros, mientras los cuatro o cinco que quedaban en pie atrás, en el arroyo, vendían caro su pellejo de mala manera, sin tiempo ni ocasión de

recargar.

Un moreno quiso unirse a nosotros. Chapoteaba en la orilla y casi llega, el pobre, pero lo tumbaron a medio camino. Pam. Saltó con las piernas y las manos encogidas, como un conejo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Istúriz, mirándome con cara de animal acosado.

La verdad es que no sé por qué me miraba a mí. Quizás porque, como ya estaba parapetado tras el árbol cuando él llegó, debía de pensar que tenía una especie de propiedad, o veteranía, respecto al asunto.

—Largarnos —dije—. Largarnos, pero ya mismo.

El Yanqui, que sólo debía de hablar en su parla, nos miraba con ojos desorbitados, pendiente más de lo que hacíamos que lo que decíamos. Crispaba los dedos en torno al mosquete hasta ponérsele blancos los nudillos, de fuerte que lo hacía.

Le miré de cerca la cara. Tenía los ojos claros y pelillos rubios en la barba. Era joven y con granos, su casaca estaba sucia de barro y llevaba un trapo arrugado en torno al cuello, a modo de corbatín. Los labios le temblaban, nerviosos. De los tres blancos, indio aparte, era el único que aún conservaba puesto el tricornio. Muy formal, con sus bandoleras blancas cruzadas y las insignias en las solapas.

Intenté explicárselo moviendo las manos, una golpeando bajo la palma de la otra.

—Hay que irse, ¿compranpá?... Gou, gou. O sea, irnos. O nos masacran... ¿Undertás o no undertás?

Asintió, pero cualquiera sabía lo que estaba entendiendo. Lo de las manos sí debió de entenderlo bien, porque queriendo ayudar se asomó un poco a

mirar por dónde íbamos a irnos y señaló hacia no sé dónde.

No le hice mucho caso, porque en ese momento cesó la mosquetería en el arroyo y empezamos a oír los gritos de los heridos a los que indios e ingleses degollaban, y en realidad me importaba un carajo hacia dónde correr, mientras fuese pronto y rápido.

Me volví hacia Trancas, nuestro indio, que era el único que parecía tranquilo, mirándolo todo con aquellos ojos negros suyos y la piel color de cobre, oliendo a sebo y a Dios sabe qué.

—¡*Iallah!* —solté.

La verdad es que fue una de las cosas más absurdas que he dicho en mi vida, porque *Iallah* no es nada en lengua india, que yo sepa, y sí en moro, donde significa vámonos o tira palante. Lo aprendí en un batallón disciplinario, en Orán. Y es una estupidez lo que dije; pero la verdad es que allí, tras el árbol, a punto de que me rebanaran el pescuezo en un pantano asqueroso de Florida, le hablé al indio en lengua morube, como si éste la entendiera.

Lo juro. Ni idea de por qué me salió así. Supongo que por los nervios.

El caso es que Trancas se incorporó a medias, echó un vistazo rápido y salió disparado en la dirección opuesta a la que había señalado el Yanqui, que hablando inglés sería un hacha, o no, pero como explorador de rutas de escape en bosques no valía una mierda.

Salió corriendo nuestro indio, como digo, y lo seguimos los tres sin hacernos de rogar, con los helechos por la cintura y tropezando con las ramas podridas del suelo.

No he corrido tanto en mi puñetera vida.

Lo malo es que en cuanto nos movimos, los ingleses nos echaron el ojo y

empezaron a gritar, a perseguirnos y a darnos mosquetazos que pasaban, ziaaang, ziaaang, cerca de nuestras cabezas, que aquello parecía repelón de bautizo.

—¡Esperad, joder! —gritó Istúriz.

Había tropezado con una raíz, una piedra o algo, y se estaba levantado mientras buscaba con urgencia el fusil que se le había caído en la maleza. Pero en el momento mismo en que yo me volvía a mirarlo, llegó un plumazo y pareció que la parte superior de la cabeza le reventaba como si hubiera estallado un petardo dentro de una sandía madura.

Hizo chof, así como suena, en plan fruta pocha, e Istúriz cayó entre los helechos, desapareciendo de mi vista.

Y yo, claro, seguí corriendo.

Nos reagrupamos Trancas, el Yanqui y yo junto a una roca cubierta de hiedra, para recobrar el aliento. Tenía la camisa empapada en sudor bajo la casaca y mis pulmones quemaban como si tuvieran brasas dentro. Alrededor, entre la espesura de los árboles, se oían voces en inglés y gritos de los indios, y de vez en cuando sonaba un mosquetazo o un tiro de pistola disparados a ciegas.

Miré al Yanqui, que seguía con el sombrero puesto y temblaba como una hoja —yo también temblaba, claro— y luego a Trancas, que seguía observando alrededor callado e impasible, como si aquello no fuera con él.

El indio y yo nunca habíamos hablado antes, pues los exploradores nativos y los soldados del rey hacíamos rancho aparte. Su cara y su pinta daban miedo, incluso sabiendo que estaba de nuestro lado. Llevaba al cuello una moneda de plata, una pieza de a ocho con el perfil del rey Carlos III, de la que parecía orgulloso. Vestía un taparrabos sobre las piernas desnudas, una

casaca nuestra muy remendada, y llevaba dos plumas en la trenza grasienta, la carabina en las manos y el tomahawk al cinto.

Sonó un tiro muy cerca y oímos pasos en la espesura. El yanqui dio un respingo y apuntó hacia allí el mosquete, pero Trancas se lo apartó con la mano.

—Si tiras, encuentran —susurró señalando un lugar entre los árboles—. Seguir ahora.

El otro lo miró con ojos alhelados, aunque supongo que entendió el sentido. Luego anduvimos despacio, sin apresurarnos, para no hacer ruido. Medio agachados y con Trancas delante, que iba como olfateando el aire, atentas las orejas a cualquier sonido que anunciase enemigos cerca.

Recorrimos así unos cien metros, rodeamos un cañizal frondoso que nos cortaba el paso, y en un claro nos dimos de boca con cinco casacas rojas. Cinco hermosos ingleses.

La ventaja a nuestro favor, si puedo llamarla así, era que fue inesperado para nosotros y para ellos, y los rubios estaban tan desconcertados como nosotros. No esperaban el encuentro, o al menos no de esa manera.

Sin encomendarse a Dios ni al diablo, tan rápido y eficaz como torpe había sido hasta entonces, el Yanqui se echó el fusil a la cara y le descerrajó un tiro al que tenía más cerca, y lo hizo sólo un instante antes de que otro inglés, con pinta de suboficial, me parece, le pegara a él un pistoletazo casi a bocajarro que lo tumbó en el acto.

Pam, pam, pam.

Todo ocurrió tan rápido que en realidad no sé si ocurrió como lo cuento o me imagino la mitad.

Mi fusil estaba cargado, así que sin apenas apuntar, porque estábamos muy

cerca unos de otros, le metí al casaca roja más próximo una bala en la barriga. Entre la humareda que se levantó de pronto, un plomo pasó rozando mi oreja izquierda, tanto que me arrancó —eso lo supe luego— el pabellón con un pendiente de oro que llevaba allí por si alguna vez no tenía para pagar una copa, una puta o unas botellas. En ese momento no sentí más que el soplido pegado a mi cara, pero no le puse atención porque estaba cargando, con el coraje de la desesperación, contra el que había disparado, bayoneta por delante, metiéndole el fierro hasta el cañón de mi mosquete.

Lo malo es que al caer atravesado me lo arrancó de las manos, el maldito. Dejándome indefenso, o casi.

Ahora ya no sonaba pam, pam, sino ris, ras, tump, tump y chasca, chasca. Peleábamos cuerpo a cuerpo, Trancas y yo. El indio daba leñazos con la carabina descargada y agarrada por el cañón, muy a lo suyo, y de pronto tiró la carabina porque se le había partido la culata y echó mano al tomahawk, chas, chas, chas, dando unos hachazos que sonaban como los de un carnicero sobre el tajo de cortar.

Por mi parte, para no tener las manos desnudas, yo había sacado de la faja la cachicuerna de siete muelles —un buen acero de Albacete—, y con ella empalmada estaba fajado a navajazos con un rubio, hasta que me fui al suelo sobre él, cosiéndole el cuello a puñaladas mientras me miraba con ojos que se le salían de las órbitas, de puro aterrados, y su sangre me saltaba en chorros a la cara.

Acabado el inglés, me levantaba a ver con quién me tocaba luego, ya muy metido en faena y quitándome la sangre de los ojos con el dorso de una mano, blasfemando en arameo y ciscándome en los muertos del rey de Inglaterra y la puta que lo parió, cuando el suboficial inglés me clavó el sable

en la cadera.

Dolió de narices. Vaya que sí. Dolió lo que no está escrito.

Todavía, tantos años después, siento escalofríos cuando recuerdo la hoja de acero entrándome y rechinando al tocar el hueso.

Pegué un grito de dolor; pero sabiendo que cuando el otro sacara el sable me iba a despachar de fijo, me abracé a él y le hundí la navaja en las costillas, removiendo bien cuando la supe dentro. Así me fui al suelo otra vez, ahora encima del inglés, que era pelirrojo y con patillas, y con unos ojos azules que me miraban con odio violento, y olía a sudor hasta apestar como una mofeta.

Chas, chas y más chas. Así sonaba el inglés. O su carne.

De ese modo le estuve metiendo y sacado la navaja sin darle espacio para usar otra vez el sable, hasta que Trancas, que al fin se había desembarazado del último enemigo en condiciones, venía hasta nosotros, me apartaba sin remilgos, agarraba por el pelo al inglés, y con un hachazo en el cuello le cortaba casi entera la cabeza.

Me incorporé como pude, mirándome la herida antes de presionarla con un pañuelo para cortar la hemorragia.

Sangraba poco, pero dolía horrores.

Creí que Trancas me abandonaría, dejándome a mi suerte, pero el indio se quedó a mi lado después de registrar a los muertos, y también al Yanqui, quitándoles cuanto tenían de valor, incluso pendientes y anillos, para lo que no vaciló en cortar algún dedo.

Para mi sorpresa, después, con la mano ensangrentada, me palmeó la cara como se haría con un niño.

—Buena pelea —dijo—. Ingleses cabrones. Tú, bien.

Y me dedicó una especie de sonrisa que daba más pavor —ahora el miedo

llegaba otra vez de golpe, tras la locura del combate— que cuando estaba serio. Después se colgó mi fusil, pasó uno de mis brazos sobre los hombros, puso otra mano en torno a mi cintura y me ayudó a caminar.

—Yo ayudo. Tú, tranquilo... No dejes solo.

Dimos unos pasos, alejándonos del lugar de la matanza. Yo aún tenía la navaja en la mano, abierta, así que hice detenerse un momento a Trancas mientras la limpiaba en mi camisa y la cerraba. Pero antes de meterla de nuevo en la faja vi que el indio la miraba, admirado.

—Buena cosa —dijo.

Era, como digo, una cachicuerna albaceteña de hoja reluciente y mango de asta. Una señora navaja española. Y entonces, por algún impulso raro, agradecido al indio por ayudarme a degollar al suboficial y por no dejarme abandonado ahora, se la puse en la mano.

—Para ti —dije ante su sorpresa—. Te la regalo.

Me miró. Primero a mí, incrédulo, y luego el arma, fascinado. La sostuvo en la palma de la mano, contemplándola con arrobó. Cuando volvió a mirarme, sus ojos negros de obsidiana centelleaban agradecidos.

—Tú, amigo —comentó.

Y dejándome solo, volvió sobre sus pasos, al lugar del combate. Regresó a los cinco minutos. Traía en la mano una especie de pingajo ensangrentado, y me lo entregó.

—Tuyo —dijo—. Tú, amigo grande.

Miré estupefacto lo que me había puesto en la mano.

Era un cuero cabelludo fresco, recién arrancado. Los pelos rubios por un lado y el pellejo sanguinolento en el otro. Iba a tirarlo al suelo con repugnancia cuando alcé la vista y encontré la sonrisa ancha y agradecida del

indio.

—Buenos guerreros, nosotros —me mostró la navaja, otra vez manchada de sangre—. Trofeo tú, trofeo yo. Ingleses cabrones.

Después volvió a pasarse mi brazo por encima del hombro, me agarró por la cintura y seguimos caminando por la selva.

Llegamos a Baton Rouge un día más tarde.

Todo el tiempo, hasta entonces, Trancas estuvo cuidando de mí. Me limpiaba la herida, buscaba bayas y raíces para comer, y se sentaba a mi lado a descansar, vigilando. En los accesos de fiebre traía un trapo mojado en agua para ponérmelo en la frente.

—Tú, yo, buenos guerreros —repetía abriendo y cerrando la navaja, complacido con el chascar de los siete muelles.

Clac, clac, clac...

Sonreía cada vez y me daba palmaditas en el hombro. Feliz. Le encantaba ese sonido.

Al llegar al campamento, nos separamos. Se alejó sin decir nada y yo fui a que me curaran, cojeando, apoyado en un bastón que el indio me había tallado en una rama seca con la navaja.

Me caía de fiebre.

Antes de tumbarme en la camilla, el ayudante de cirujano que me atendió señaló bajo mi casaca.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

Miré mi cinturón. Ya no me acordaba. El pingajo estaba colgado allí: un amasijo de pelos rubios revueltos con una costra de sangre seca y parda.

—No es nada —respondí, tirándolo entre la hierba.

Al día siguiente, los nuestros tomaron Baton Rouge. Nunca volví a ver a

Trancas.

Cronología

Hitos de la Independencia de los Estados Unidos de América

Juan Eslava Galán

1750-1760

· Crece el malestar en las trece colonias británicas de América del Norte por los impuestos que decreta el gobierno de la metrópoli. Los colonos alegan que según la Carta de Derechos de 1689 (*Bill of Rights*), «No hay tributación sin representación» y ellos carecen de representantes en el parlamento británico. El *Bill of Rights* lo impuso el Parlamento inglés al príncipe Guillermo de Orange antes de aprobar su sucesión al rey Jacobo II.

1754-1763

- Guerra Franco-India (o Guerra de los Siete Años). Enfrenta a británicos y franceses. Tribus de nativos americanos apoyan a uno u otro bando.
- Victoria británica. Francia, expulsada de Norteamérica.
- Francia cede a España Luisiana Occidental, para compensarla por la entrega de La Florida a Inglaterra.

1765

- En marzo, el parlamento británico aprueba la Ley del Sello (*Stamp Act*): cualquier impreso emitido en las colonias (incluso los naipes) debe llevar un sello fiscal en relieve.
- Los británicos se han visto obligados a elevar los impuestos en las colonias de América para compensar su economía, lastrada por los préstamos con los que ha financiado la guerra.

- Los colonos boicotean las mercancías procedentes de la metrópoli.
- El parlamento británico cede y abroga la ley considerándola «inconveniente».

1766

- El parlamento británico aprueba la Ley de las Colonias Americanas (*The American Colonies Act 1766* o *Declaratory Act*): «Las colonias y plantaciones en América han sido, son, y por derecho deben ser, subordinadas a, y dependientes de la corona imperial y el parlamento de Gran Bretaña».

1767

- El parlamento aprueba la Ley Townshend, que grava con impuestos diversos productos exportados a las colonias.
- Los colonos la declaran ilegal alegando el *Bill of Rights* de 1689.

1768

- Disturbios en Boston.
- Los británicos reprimen el contrabando
- Cuatro mil soldados británicos ocupan Boston.
- El parlamento estudia medidas contra representantes de los colonos en Inglaterra, que pueden ser acusados de traición a la Corona.

1769

- Los colonos boicotean el comercio británico.

1770

- En marzo, los colonos se manifiestan y lanzan trozos de hielo a los soldados británicos, que abren fuego y matan a cinco de ellos (Matanza de Boston).
- Cunde la indignación entre los colonos.

1773

- 10 de mayo: el parlamento británico promulga la ley del té (*Tea act*), que permite a la Compañía Británica de las Indias Orientales (*East India Company*) vender té en las Trece Colonias sin pagar impuestos.
- 16 de diciembre: Motín del té (*Boston tea party*): Un grupo de miembros del partido Los Hijos de la Libertad (*Sons of Liberty*) disfrazados de indios asaltan los barcos de la *East India Company* surtos en el puerto de Boston y lanza al agua los fardos de té.

1774

- El parlamento británico reacciona aprobando cuatro leyes punitivas (*Coercive Acts*) que los colonos consideran intolerables (*intolerable acts*). Estas leyes son:
 - Ley del Puerto de Boston: se prohíbe el uso del puerto de Boston hasta que se indemnice al Tesoro Real y la Compañía de las Indias Orientales por los daños causados en el Motín del té.
 - Ley del Gobierno de Massachusetts: se deroga el gobierno autónomo de la colonia de Massachusetts devolviendo sus poderes al gobernador británico.
 - Ley de la Administración de Justicia: el gobernador británico puede absolver a voluntad a los oficiales del rey juzgados por tribunales locales.
 - Ley del Alojamiento: enmienda a la ley del alojamiento de 1765 que permite alojar tropas británicas en edificaciones coloniales sin uso.
 - Una quinta disposición, la Ley de Quebec (*Quebec Act*), extiende los límites de la Provincia de Quebec y favorece a los católicos franceses que pueblan aquella provincia.
- Indignación en las Trece Colonias.
- Llamamiento a la resistencia política y social.
- 5 de septiembre: Primer Congreso Continental, con asistencia de 56

delegados de doce colonias (falta Georgia, que quiere congraciarse con los ingleses para que la defiendan de los ataques de los indios). Resoluciones:

- Denuncia las leyes intolerables porque violan los derechos de los colonos.
- Decreta boicot al comercio británico.
- Aprueba que las colonias alistén sus propias tropas.

1775

· Segundo Congreso Continental, que prepara así la guerra de la independencia:

- Se nombra a catorce generales.
- Se autoriza la invasión del Canadá.
- Se alista un ejército al mando de George Washington, hacendado virginiano y veterano de la Guerra Francesa e Indígena.

· Febrero: el parlamento británico declara a Massachusetts en estado de rebelión.

· Boston (Massachusetts), ocupado por cuatro regimientos británicos al mando del general Thomas Gage.

· 23 de marzo: Patrick Henry pronuncia su famoso discurso «Libertad o muerte» (*Give me liberty or give me death*).

· Abril: primeros enfrentamientos en Lexington y Concord, cerca de Boston. De un lado el ejército regular colonial británico; del otro, las milicias de los colonos bajo las órdenes de George Washington. «Un disparo que resonará en todo el mundo» (*The shot heard 'round the world*).

· Julio: los ingleses derrotan con dificultad a los colonos en Bunker Hill, cerca de Boston.

· Thomas Gage ordena confiscar las armas acumuladas en Concord. Los setecientos soldados británicos son rechazados con pérdidas.

- Las zonas rurales en manos de los revolucionarios.
- Cage intenta desarmar a los rebeldes y arrestar a sus líderes.

1776

- 11 de junio: el Congreso designa un comité de cinco hombres para redactar una declaración de independencia (John Adams de Massachusetts, Benjamin Franklin de Pensilvania, Thomas Jefferson de Virginia, Robert R. Livingston de Nueva York y Roger Sherman de Connecticut).
- 28 de junio: el comité presenta el primer borrador al Congreso. Tras las deliberaciones, se edita el documento dándole forma literaria y rebajando el tono.
- 4 de julio: el Congreso aprueba la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. «Nosotros, los representantes de los Estados Unidos, reunidos en Congreso General, apelando al juez supremo del universo, por la rectitud de nuestras intenciones, y en el nombre y con la autoridad del pueblo de estas colonias, publicamos y declaramos lo presente: que estas colonias son, y por derecho deben ser, estados libres e independientes; que están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona británica: que toda conexión política entre ellas y el estado de la Gran Bretaña es y debe ser totalmente disuelta, y que como estados libres e independientes, tienen pleno poder para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer comercio y hacer todos los otros actos que los estados independientes pueden por derecho efectuar. Así que, para sostener esta declaración con una firme confianza en la protección divina, nosotros empeñamos mutuamente nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor».
- El conde de Aranda, embajador español en París, envía ayuda encubierta a los colonos rebeldes: 216 cañones de bronce, 12.826 bombas y 30.000 fusiles

con sus bayonetas por valor de «los dos millones de libras tornesas destinados por ambas Cortes para auxiliar a las colonias inglesas de América».

- 27 de agosto: los británicos derrotan a George Washington en la Batalla de Long Island. Las tropas de Washington escapan de noche.
- 16 de septiembre: los británicos ocupan Nueva York.
- 26 de diciembre: George Washington derrota a los británicos en Trenton después de cruzar el Delaware parcialmente congelado.

1777

- Los británicos toman Filadelfia.
- 19 de septiembre: comienza la batalla de Saratoga (Nueva York), que ganarán los rebeldes mandados por Horatio Gates. Catorce mil rebeldes a las órdenes de George Washington derrotan a ocho mil regulares británicos apoyados por mercenarios alemanes y por milicianos. Esta victoria cambia el rumbo de la guerra y atrae a franceses y españoles a la causa de los rebeldes (Francia en 1778 y España en 1779).
- Ayuda española: entre 1777 y 1783 Carlos III envía secretamente suministros y dinero a los rebeldes por medio de la compañía marítima del armador bilbaíno Diego María de Gardoqui, que será el primer embajador de España en Estados Unidos. Carlos III no quiere ayudar abiertamente a los revolucionarios porque al fin y al cabo son súbditos que se han rebelado contra su rey legítimo.

1778

- 6 de febrero: Francia reconoce a los Estados Unidos de América y firma con ellos un Tratado de la Alianza.
- 17 de marzo: los británicos declaran la guerra a Francia.

- El malagueño Bernardo de Gálvez, gobernador de la Luisiana española, ayuda encubiertamente a los rebeldes ignorando las protestas de los británicos.
- Francia ayuda a los revolucionarios con armas, munición e impedimenta.
- La flota británica se ve obligada a distraer naves para proteger sus propios intereses marítimos de los franceses.

1779

- 22 de junio. España y Francia firman el Tratado de Aranjuez. España declara la guerra a Inglaterra (guerra Anglo-Española).
- Agosto: una escuadra combinada franco-española de 68 navíos (entre ellos el *Santísima Trinidad*, insignia del almirante Luis de Córdova) interrumpe el tráfico naval británico en el canal de la Mancha y obliga a sus buques a refugiarse en sus puertos.
- 27 de agosto: Bernardo de Gálvez sale de Nueva Orleans al frente de un ejército irregular formado por soldados españoles, colonos de la zona (milicianos, franceses, alemanes, canadienses) e indios. Aunque un huracán les destroza los pertrechos, no ceden en su propósito y remontan los pantanos aguas arriba del Misisipi.
- 6 de septiembre: Gálvez toma la posición británica de Manchac.
- 22 de septiembre: Gálvez toma Baton Rouge y pocos días después el fuerte de Panmure, lo que abre la navegación del Misisipi a los rebeldes.

1780

- 14 de marzo: Gálvez toma la Mobila.
- 30 de marzo: Gálvez recibe refuerzos de La Habana y prepara la conquista de Panzacola.
- 9 de agosto: Luis de Córdova, al mando de una escuadra de 27 navíos,

apresa y lleva a Cádiz a un convoy británico de 57 fragatas procedente de Portsmouth que transporta vituallas para su ejército en las colonias sublevadas y para la India. Además de los tres mil hombres de las dotaciones y los mil ochocientos soldados de las compañías reales de las Indias Orientales y Occidentales que viajaban en el convoy, Córdova se apodera de vituallas por valor de un millón de duros. Como consecuencia cae la bolsa de Londres. Las tres naves de la escolta se incorporan a la marina española con los nombres de *Colón*, *Santa Balbina* y *Santa Paula*.

1781

- 8 de mayo: Gálvez recibe la noticia del nuevo estado de guerra entre España e Inglaterra y, aprovechando que los británicos lo desconocen, porque sus correos son más lentos, toma Mobile y Panzacola.
- Tres mil defensores británicos se rinden entregando armas y enseñas.
- El almirante don Luis de Córdova apresa en el canal de la Mancha un convoy británico de 24 barcos que lleva al puerto de Brest.
- Gálvez ataca los fuertes británicos que controlan el Misisipi. Conquista Fort Bute, Baton Rouge, Natchez y Mobile y ataca Pensacola, lo que cierra el Misisipi a los británicos.
- Octubre: asedio de Yorktown (Virginia): los once mil efectivos de George Washington y del Marqués de Lafayette se ven reforzados por unos siete mil franceses al mando del conde de Rochambeau y veintinueve navíos al mando del conde de Grasse. La financiación corre a cargo de España, gracias a las gestiones de Francisco de Saavedra, que libra desde La Habana un millón de pesos para pagar tropas y adquirir pertrechos.
- Se rinde el ejército del sur británico al mando de Lord Cornwallis.

1782

- 6 de mayo. Una escuadra compuesta por fragatas de Carolina del sur y transportes españoles toma Nasáu, capital de las Bahamas.
- Fracasa el asedio de Gibraltar por fuerzas navales combinadas hispanofrancesas.
- 30 de noviembre: los británicos y los americanos firman los artículos preliminares de un tratado de paz.

1783

- 3 de septiembre: Tratado de París. Los británicos reconocen la independencia de las Trece Colonias. Termina la guerra.

1784

- 14 de enero: los americanos firman el Tratado de París. Los británicos lo ratifican el 9 de abril.
- 30 de enero: España firma la paz con los ingleses, que le restituyen la isla de Menorca y las dos Floridas (Florida Occidental y Florida Oriental).

Autores

Autores

Juan Eslava Galán

· Nació en Arjona (Jaén) en 1948. Es doctor en Letras. Es autor de una docena de novelas, entre las que destacan *En Busca del Unicornio* (Premio Planeta), *El comedido Hidalgo* (Premio Ateneo de Sevilla), *Señorita* (Premio Fernando Lara) y *La Mula*. Ha publicado ensayos como *Una historia de la guerra civil que no va a gustar a nadie*, *Los años del miedo*, *El catolicismo explicado a las ovejas*, *De la alpargata al seiscientos*, *Historia de España contada para escépticos*, *Homo erectus*, *La década que nos dejó sin aliento*, *Historia del mundo contada para escépticos*, *La primera guerra mundial contada para escépticos*, *La segunda guerra mundial contada para escépticos* y *La madre del cordero*, entre otros. Ha traducido la poesía de T.S. Eliot. También escribe novelas de ficción histórica con el pseudónimo Nicholas Wilcox.

Espido Freire

· Nació en Bilbao en 1974. Debutó en 1998 con su novela, *Irlanda*, galardonada por los librereros franceses como libro revelación extranjero, y al año siguiente obtuvo el Premio Planeta con *Melocotones helados*. Con *Soria Moria* (Algaida) obtuvo el XXXIX Premio Ateneo de Sevilla, y en 2017, el Premio Azorín con “*Llamadme Alejandra*” (Planeta). Además de la novela, cultiva también con éxito el ensayo, el relato, teatro y poesía.

Agustín Fernández Mallo

· Nació en La Coruña en 1967. Es licenciado en Ciencias Físicas y ha trabajado como radiofísico durante años en el Hospital Son Dureta de Palma de Mallorca. En el año 2000 acuña el término «Poesía Postpoética» —que investiga las conexiones entre el arte y las ciencias—, cuya propuesta ha quedado reflejada en varios poemarios. Su ensayo *Postpoesía, hacia un nuevo paradigma* fue finalista del Premio Anagrama de Ensayo en 2009. Su narrativa incluye las novelas *Nocilla Dream*, *Nocilla Experience* y *Nocilla Lab* —recogidas en el volumen *Proyecto Nocilla*—, *El hacedor (de Borges)*, *Remake*, *Limbo* y *Trilogía de la guerra*, Premio Biblioteca Breve. Su producción artística abarca géneros híbridos que combinan el videoarte, la palabra escrita y el *spoken word*, la música, el cine y la *performance*.

Susana Fortes

· Nació en Pontevedra, en 1959. Susana Fortes es licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela y en Historia de América por la Universidad de Barcelona. Reside en Valencia, donde imparte clases en un instituto. Con su primera novela, *Querido Corto Maltés*, ganó en 1994 el Premio Nuevos Narradores. Además ha publicado *Las cenizas de la Bounty*, *Tiernos y traidores*, *Fronteras de arena*, *Adiós, muñeca*, *El azar de Laura Ulloa*, *Quattrociento*, *Esperando a Robert Capa*, *La huella del hereje* y *Septiembre puede esperar*.

Luz Gabás

· Nació en 1968 en Monzón (Huesca). Durante años ha compaginado la docencia universitaria con la traducción, la publicación de artículos, la investigación en literatura y lingüística y la participación en proyectos

culturales, teatrales y de cine independiente. Desde 2007 vive en Anciles, junto a la Villa de Benasque, donde se dedica, entre otras cosas, a escribir. Su primera novela, *Palmeras en la nieve*, fue uno de los éxitos editoriales de 2012. En 2014 publicó *Regreso a tu piel* y en 2017 *Como fuego en el hielo*.

Juan Gómez-Jurado

· Nació en Madrid, en 1977. Es periodista y escritor. Ha pasado por las redacciones de algunos de los principales medios españoles. Sus novelas (*Espía de Dios*, *Contrato con Dios*, *El emblema del traidor*, *La Leyenda del Ladrón*, *El Paciente* y, la más reciente, *Cicatriz*) se publican en más de cuarenta países. Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clientela más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

Emilio Lara

· Nació en Jaén, en 1968. Es doctor en Antropología, licenciado en Humanidades con Premio Extraordinario y Premio Nacional Fin de Carrera, profesor de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria. Es autor de las novelas *La cofradía de la Armada Invencible* y *El relojero de la Puerta del Sol*.

Cristina López Barrio

· Nació en Madrid. Tras ganar el Premio Villa Pozuelo de Alarcón de novela juvenil con la obra *El hombre que se mareaba con la rotación de la Tierra*, y la publicación de la novela *La casa de los amores imposibles*, traducida a quince lenguas y publicada en veintidós países, abandonó la abogacía para

dedicarse plenamente a la escritura. Ha publicado también el libro de relatos *El reloj del mundo*, así como las novelas *El cielo en un infierno cabe*, *Tierra de brumas* y *Niebla en Tánger*, finalista del premio Planeta 2017.

José María Merino

· Nació en A Coruña, en 1941. Se dio a conocer en 1976 con *Novela de Andrés Choz*, que obtuvo el Premio Novelas y Cuentos. Su novela *La orilla oscura* fue galardonada con el Premio de la Crítica en 1986. Además, ha recibido el Premio Nacional de Literatura Juvenil, el Premio Miguel Delibes de Narrativa, el Premio NH para libros de relatos editados, el Premio Ramón Gómez de la Serna de Narrativa, el Premio de Narrativa Gonzalo Torrente Ballester y el Premio Nacional de Narrativa. En el campo del cuento literario ha publicado *Historias de otro lugar*, *Las puertas de lo posible*, *El libro de las horas contadas*, *La realidad quebradiza* y *Aventuras e invenciones del profesor Souto*. Sus ensayos literarios están reunidos en *Ficción continua* (2004) y *Ficción perpetua* (2014). Es miembro de la Real Academia Española.

Arturo Pérez-Reverte

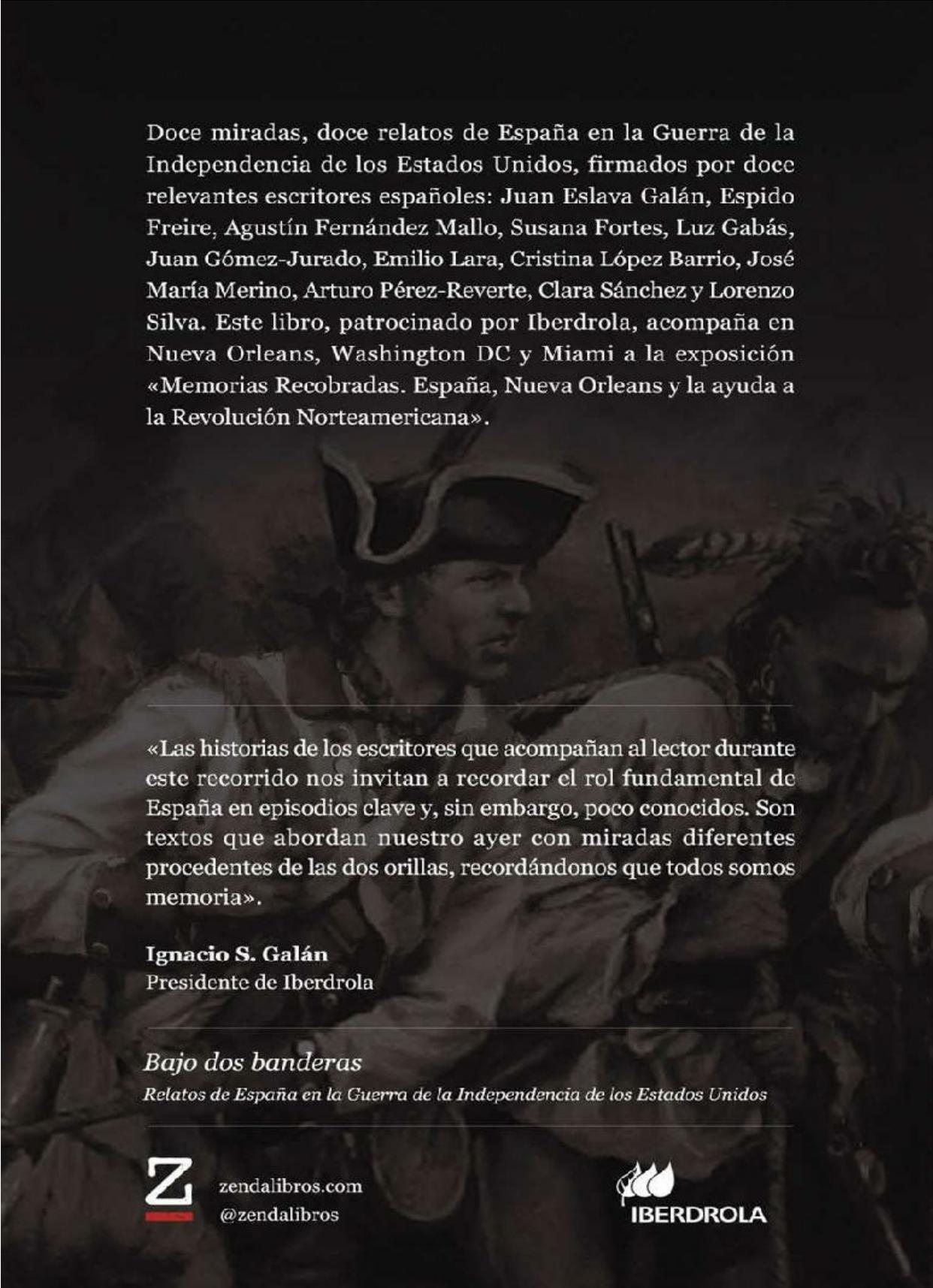
· Nació en Cartagena, España, en 1951. Fue reportero de guerra durante veintiún años. Con más de veinte millones de lectores en todo el mundo, muchas de sus novelas han sido llevadas al cine y a la televisión. Hoy comparte su vida entre la literatura, el mar y la navegación. Es miembro de la Real Academia Española.

Clara Sánchez

· Nació en Guadalajara, España, en 1955, pasó su infancia en Valencia y acabó estableciéndose en Madrid. Tras desempeñar otros trabajos, enseñó en la universidad y participó en distintos medios. En 1989 publicó la novela *Piedras preciosas*, a la que siguieron, entre otras, *Últimas noticias del paraíso* (Premio Alfaguara de Novela 2000), *Presentimientos* (2008), *Lo que esconde tu nombre* –que obtuvo en 2010 el Premio Nadal de Novela y la lanzó al mercado internacional–, o *El cielo ha vuelto*, con la que ganó el Premio Planeta en 2013. Su obra, traducida a más de veinte idiomas, la ha convertido en una de las autoras españolas más reconocidas.

Lorenzo Silva

· Nació en Madrid, en 1966. Ha escrito, entre otras, las novelas *La flaqueza del bolchevique* (finalista del Premio Nadal 1997), *Noviembre sin violetas*, *La sustancia interior*, *El urinario*, *El ángel oculto*, *El nombre de los nuestros*, *Carta blanca* (Premio Primavera 2004), *Niños feroces*, *Música para feos* y *Recordarán tu nombre*. Además, es autor de la serie policíaca protagonizada por los investigadores de la Guardia Civil Bevilacqua y Chamorro. Con uno de sus títulos, *El alquimista impaciente*, ganó el Premio Nadal 2000 y con otro, *La marca del meridiano*, el Premio Planeta 2012. Desde 2010, es guardia civil honorario.



Doce miradas, doce relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, firmados por doce relevantes escritores españoles: Juan Eslava Galán, Espido Freire, Agustín Fernández Mallo, Susana Fortes, Luz Gabás, Juan Gómez-Jurado, Emilio Lara, Cristina López Barrio, José María Merino, Arturo Pérez-Reverte, Clara Sánchez y Lorenzo Silva. Este libro, patrocinado por Iberdrola, acompaña en Nueva Orleans, Washington DC y Miami a la exposición «Memorias Recobradas. España, Nueva Orleans y la ayuda a la Revolución Norteamericana».

«Las historias de los escritores que acompañan al lector durante este recorrido nos invitan a recordar el rol fundamental de España en episodios clave y, sin embargo, poco conocidos. Son textos que abordan nuestro ayer con miradas diferentes procedentes de las dos orillas, recordándonos que todos somos memoria».

Ignacio S. Galán
Presidente de Iberdrola

Bajo dos banderas

Relatos de España en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos



zendalibros.com
@zendalibros



IBERDROLA